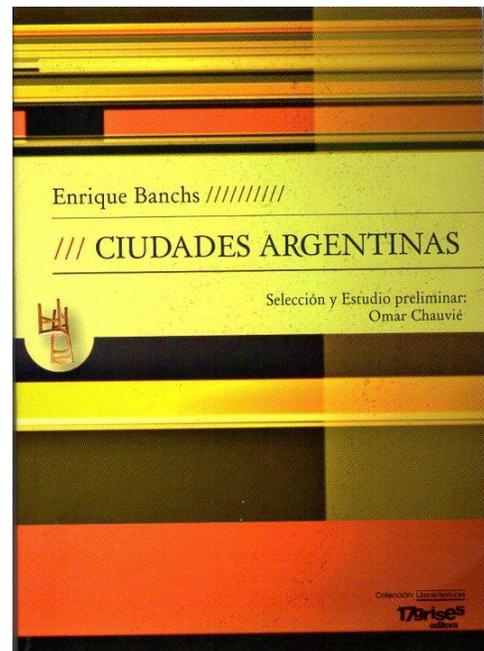


Letras que valen, letras de cambio

“La patria no está en el pasado; es toda futura, cosa que vendrá, esperanza. Cuando se mira bien el pasado, la vaguedad de sus ideales, la disgregación de su espíritu rencoroso entre sus mismas partes, y hasta sus glorias, no bien acendradas, uno suspira y dice: felizmente todo ha pasado. ¿Y sobre eso se quiere fundar la nacionalidad? ¿No valdría mejor empezar a formarla con ideales nuevos?” (Rosario)



Deliberadamente, en mayo de 1910, salen a la calle estas ciudades argentinas recorridas por Enrique Banchs. El libro se publica en *El Monitor de la Educación Común*, una revista del Consejo Nacional de Educación.¹ Se trata de una serie de notas en los que se presentan, sin un criterio de orden aparente –por la disposición textual, difícilmente se pueda leer como un recorrido–, diez ciudades del interior.

Al cumplirse los cien años de vida política independiente del país, el autor transita y reseña esos centros urbanos a lomo de crónicas muy estetizadas en las que la pretensión de belleza no excluye la observación crítica ni tampoco el afán conmemorativo –no obstante la premeditada coincidencia de las fechas– hace de los textos homenajes planos. En cada lugar repasa aspectos sociales y económicos, para manifestar una inquietud singular ante las presencias o ausencias de la vida cultural y la situación educativa.

Córdoba, Rosario, Jujuy, Bahía Blanca, San Juan, Paraná, Salta, Santiago del Estero, Santa Fe y Tucumán conforman un conjunto donde podemos percibir rápidamente una exclusión significativa, la ausencia de la ciudad en donde tuvieron lugar los principales festejos y donde ocurrieron la mayoría de los episodios conmemorados. Mientras Buenos Aires se convertía en el gran escenario con lucidos edificios públicos que se inauguraban, con las galas renovadas de los ya existentes, con avenidas que se iluminaban y remozaban, con los grandes comercios y palacios en exhibición y aún con el saludo de los visitantes ilustres convocados para la ocasión, el escritor elegía dar a conocer y evaluar ciudades del interior mediante un viaje que invierte el sentido habitual de los realizados por los escritores americanos; es como *La Australia argentina* de Payró o la *Excursión* de Mansilla, un viaje hacia el país *adentro*.

¹ Se trata de una publicación estatal que llegó a ser una de las revistas sobre educación más destacadas de América Latina. Allí aparecían artículos pedagógicos y didácticos, reseñas bibliográficas o documentación ministerial, junto a notas literarias o históricas.

Con la Ley 6286 de 1909, destinada a conmemorar la Revolución de Mayo, los festejos se transformaron en política de Estado. Pero, por cierto, el Centenario también estuvo signado por otras decisiones políticas como la Ley de Defensa Social de junio de 1910 y la puesta en vigencia del Estado de sitio, medidas destinadas a controlar el ingreso de inmigrantes, la propaganda anarquista y las concentraciones políticas, merced a las cuales fueron reprimidos, deportados o apresados muchos extranjeros a los que la oligarquía gobernante consideró elementos sociales perturbadores. Estas leyes dan cuenta de la preocupación por los cambios sociales que aqueja a la clase dominante, de las tensiones de una sociedad nueva, que disfrutaba la rápida valorización de sus recursos agropecuarios pero mostraba las aristas de la integración de los nuevos sectores sociales. En este itinerario por ciudades interiores esos rasgos no están enfatizados, sin embargo van ser repetidas las referencias a la condición de los obreros, desde las características de sus viviendas hasta sus costumbres y su nivel de sindicalización.

El valor de la letra

La publicación de textos literarios fue el correlato de las obras monumentales, los festejos, las renovaciones y las restauraciones urbanas. La literatura se constituyó, necesariamente, en uno de los vehículos del homenaje en aquel Centenario, con posibilidades variadas como el ensayo, la conferencia, el poema, la crónica literaria.

La palabra literaria, en tanto instrumento capital de representación en la época, resulta de un valor incomparable. Y la de Banchs irrumpirá como una palabra acreditada, porque, si bien se trata de un poeta joven, ha ganado ya para 1910 un lugar en el campo cultural, por lo tanto, será una voz que tendrá la capacidad de otorgar valía a lo que aborda. El estado oligárquico conservador supo darle destino a esa facultad de los escritores. Los cien años necesitaban poetas diestros para el homenaje, no por azar, asumieron esa tarea los referentes del modernismo, Lugones, con las *Odas seculares* y varios libros en prosa, o el mismísimo Rubén Darío, con su “Canto a la Argentina”. En parte, es el valor de la palabra creadora, que dentro de esa concepción modernista es palabra hacedora que levanta y puede crear a su paso las entidades del mundo; puede, entonces, afianzar la patria, arraigar la nación. Además esa palabra de los literatos, en función de su prestigio, de su legitimidad, tendrá valor de estrategia persuasiva: el poeta también convence.

En tanto la Nación y el Estado se fortalecen y consolidan, desde el campo cultural los sectores hegemónicos anhelan la conformación de una “lengua nacional”, “incontaminada”, “limpia” de las marcas que puede imprimir al idioma el babelismo producido por la inmigración. Por eso se intentará establecer modelos para la lengua y también controles; muchos escritores toman la tarea de apuntalar desde esa letra estimable que prestigia la literatura las entidades basales que representan el país. Ciertamente la escritura cuidada de Banchs, con un estilo que busca la sutileza y la sugerencia controladas, puede desempeñar ese papel con éxito, cumplir la tarea de caracterizar las ciudades del interior, y a partir de ellas, exhibir distintas facetas de la Argentina agroexportadora.

Ciudades

El desierto, Tierra Adentro, la campaña, el campo habían cautivado a los artistas del siglo XIX, con esos nombres distintos se emplaza un objeto central en nuestra literatura decimonónica que va resemantizándose, adaptándose a las nuevas épocas, convirtiéndose también en espacio representativo del país. El mundo rural había sido el ámbito elegido para la figuración de las prolongadas y sangrientas luchas por la hegemonía política de ese primer siglo de vida independiente, y por lo tanto será motivo, espacio, protagonista de aparición recurrente. En este libro la salida es al interior, pero hacia los centros urbanos, ese es el paisaje que se vuelve valuarde simbólico estructurando ideales en torno al progreso, la civilización, la paz social y el orden.

Banchs aguza los sentidos sobre los signos de la vida urbana, y en ese gesto deja momentáneamente de lado la campaña argentina y la vida rural, pero no desaparecen de su esfera de representación. Este era el dispositivo proveedor de los bienes económicos más significativos de la época, a su vez, una matriz constructiva primordial en nuestra literatura; pero aquí emergen las ciudades argentinas del interior como territorio nuevo. Sin dejar de lado totalmente ese que es espacio significativo fundamental para nuestros escritores, se trata aquí de dar impulso a los que irrumpen desde la novedad, las urbes serán el centro pero estarán rodeadas de campo.

Las grandes ciudades en el siglo XIX ocupaban el rango del modelo, tal como sucede con París o con la misma Buenos Aires, ese carácter le otorgaba una jerarquía singular a la circunstancia de conocerlas. Para los hombres de la época la realidad urbana es mucho más que un paisaje, es espectáculo, es la posibilidad de consumo, es el comercio, son las multitudes que atraen y confunden, Banchs aspira a que sea también el lugar del espíritu, de la educación, de la vida cultural, y aún del sentimiento religioso. Por tal razón en estos textos el imaginario urbano se traza con atención al panorama de la cultura, y esa mirada permite otro ingreso, diferente de los que lo hacen desde los signos persistentes de la época como el progreso o los patrones económicos. En cada una de las ciudades el recorrido contempla las iglesias, las escuelas, los paseos, los edificios públicos, los monumentos. En tal sentido, los establecimientos escolares merecen una dedicación particular, porque en la perspectiva del escritor se vuelven un instrumento de mensura, una pauta de evaluación. Incluso, en lugares como San Juan, los episodios históricos encarnan doblemente las cuestiones relativas a la educación porque la magnitud del paisaje pierde peso ante la descripción de las escuelas, pero además, porque está Sarmiento con su estatua y está su historia que llevan invariablemente a considerar el tema.

En todos los textos hay una búsqueda de valoración de la cultura por sobre los progresos económicos, en tal sentido, en referencia al progreso bahiense, Banchs sentencia inapelable: “El bufón no será príncipe porque apriete sus sienes con una corona”. Del mismo modo que lo hacen otros escritores de la época como Leopoldo Lugones, subyace una propuesta en estos textos, “espiritualizar el país” frente a la realidad que imponen las transformaciones materiales.

Eso no quita que las aproximaciones a los asuntos económicos sean constantes y haya una dedicación minuciosa en la descripción casi lírica de los acontecimientos que las implican, como la producción o recolección de materia prima en cada lugar, el modo de comercialización, los medios necesarios para la exportación. Estamos en el puerto de Rosario “en el canal dragado, treinta buques de ultramar, y de este lado, arrimados a los

muelles, treinta buques de ultramar, que esperan, pacientes, con los enormes vientres abiertos, a que los violentos chorros de los elevadores se los aneguen, echándoles el fruto de las cosechas, la carga incesante, que parece continuada hasta donde ha sido segada, y que rueda sólo en el muelle, sobre treinta y siete mil metros de vías ferrocarrileras, a tres rieles” Pasajes como éste muestran un país valorado primordialmente como lugar de extracción, de provisión.

Monumentos

“un patriotismo de casa de comercio” (Bahía Blanca)

En este viaje cada ciudad muestra un jalón, tiene su prócer o su hecho trascendente, puede ser originario del lugar, afincado allí por una acción o simplemente por un monumento. Ese hito centra la atención de la descripción; en San Juan es Sarmiento y la casa donde vivió, en Jujuy es Belgrano, en Tucumán es la casa histórica en la que se declaró la Independencia, en Paraná es la estatua y la presencia constante de Urquiza, en Salta es el episodio histórico de la fundación. Pero Bahía Blanca, en tanto “ciudad nueva e improvisada”, no nos muestra ninguna figura destacada, ningún suceso trascendente, asoma como pura actualidad, sin historia, con una vida centrada en el trabajo y en la producción, a tal punto que ni siquiera el ocio o el recreo tienen lugar “no tiene paseos, no ha tenido aún tiempo de hacerlos, quizá no tiene tiempo para pasear. Carece, pues, de otro de los encantos desinteresados, encanto culto, en cuanto substraer a la gente de recreos menos dignos, ofreciéndoles la visión serena de los árboles”

Como en ningún otro sitio vibra en Bahía –el cronista elige el nombre abreviado que le dan sus habitantes- la sensación de que el tiempo es dinero, así lo indican sus manifestaciones más visibles. De todo el conjunto es la ciudad que se distingue en sus signos más externos, los bancos, los edificios las más de las veces de escaso buen gusto, los carteles, los letreros luminosos que compiten entre sí para ver “quien tapa a quien”. Aún así, tampoco es real, tampoco es propia su riqueza agrícola, pues la recibe del exterior, de la campaña y como casi todo lo que nombra está de paso. De allí que el orden del texto esté íntimamente relacionado al movimiento, al recorrido, y por lo tanto a lo que pasa y no se afinca: el observador sigue la ruta de las mercancías que van hacia el puerto. En el puro acontecer de ese movimiento se va la historia.

Panorama y detalle

“Las ciudades argentinas progresan tanto que dentro de poco no merecerán ser visitadas.”(Córdoba)

La destreza técnica del autor de *La urna* le hace ganar a los textos el rango ejemplar de la ilustración, de la fotografía, del documento gráfico, en tanto su escritura es una herramienta que muestra, que exhibe.

En ese sentido es revelador el modo en que organiza, en que dispone el material de cada crónica. En casi todos los casos, la ciudad recibe al viajero con una panorámica, como una foto o un encuadre cinematográfico que comienza muchas veces en una toma general y va hacia rasgos puntuales, de una paisaje propio o de un episodio histórico que representa la ciudad, donde se avanza hacia el detalle en que se destaca la luz, el sonido o los aromas

como elementos generadores de belleza. Y no es raro que abunden las brumas modernistas que dan lugar a la mezcla de las sensaciones y los sentidos.

Por apartarse de ese molde se destaca el comienzo de la crónica dedicada a Bahía Blanca; allí, el escritor no hace esa operación, no hay paisaje ni toma panorámica, hay solamente una pregunta y, por tanto, hay inquietud, tal vez una marca particular de toda la nota: “¿Qué hay en este fenómeno de las ciudades de grandezas improvisadas?” La imagen que pretende mostrar un conjunto, un panorama, aparece un poco más adelante, pero no representa el marco natural o las obras del hombre, es solo el artificio, y como tal, es lo aparente, por lo tanto es algo pasajero: “Es su grandeza imponente como los pabellones de las exposiciones, un almacén de madera que fingiendo la fortaleza de un monumento está hecho para algunos meses y viene a tierra pasada su razón de ser.” Luego imágenes como ésta que tratan de significar lo ilusorio, lo fingido, lo supuesto, se reformulan a lo largo de todo su recorrido por la ciudad manifestando faltantes, insuficiencias.

Bahía aparece como un fenómeno inquietante, no tiene la serenidad y la templanza que el autor descubre en las ciudades viejas, no tiene más que trabajo, dinero vertiginoso y apuro.

En el conjunto de ciudades que visita, Bahía Blanca aparecerá destacada, en primer lugar, porque es la que recibe del escalpelo incisivo del viajero un trato severo —que alguien puede considerar impiadoso—, porque nos pone en ese espejo males que reconocemos, pero también porque se prefigura a la localidad como imagen compendiada de la nación, bajo la idea de sintetizar, de hallar un punto del espacio argentino que sea capaz de mostrar la totalidad: “En Bahía Blanca se encuentra en embrión, pero definida perfectamente, la nueva característica nacional, es decir, la de no tener ninguna, lo cual constituye una”. Se trata de un aspecto que, aunque significativo, solo señala la carencia, la ausencia. Y en ese sentido también se vuelve imagen del país: “La ciudad es un vertedero de dinero extraño, y por sí misma es incapaz de producirlo...Es exclusivamente comercial, mercado y no fábrica”.

Seguramente, por ese prestigio particular que se le otorga a la palabra escrita es que el acento de la evaluación se distingue también en el tratamiento que se le da al lenguaje. Es por eso que en la crónica dedicada a Bahía no muestra una energía tan intensa en la búsqueda de la imagen original, en el propósito embellecedor, interés que campea animoso en los demás textos. En algún caso la travesía del ferrocarril es lo que motiva algún tramo de mayor efusión poética: “de cuando en cuando el silbido desgarrador del tren, el tren, como dice un verso, anapesto de hierro golpeando en la unánime paz de los campos.” O es en el momento en que se aleja de la ciudad, al salir hacia el puerto, cuando alcanza los tonos de lirismo que sostiene de manera casi permanente en la descripción de otras ciudades.

Hubo muchas otras evaluaciones, conjeturas y proyecciones contemporáneas de un marcado optimismo sobre esta ciudad, plenamente justificado porque esos años la mostraron como una promesa de futuro extraordinario, especialmente desde el punto de vista económico. Este texto viene a exponer algunas grietas de esa condición de promesa, que generalmente se centraba en una valoración modelada por los aspectos materiales. Bien podemos observar o interrogarnos sobre la persistencia en nuestros días de esa ciudad

de paso, de esa ciudad marcada por el progreso rápido y la estima de los bienes materiales a la luz de casi dos siglos.

Así el tránsito por la ciudad definida desde sus apariencias, desde su negatividad, desde sus carencias, desde su carácter improvisado -un sitio que “tiene un especie de vacío que nada atenúa”-, se cierra con el día, y desde White se ven las sombras que caen sobre la cúpula del Palacio municipal. Anochece la ciudad que el poeta siente agitada.

Omar Chauvié